

Tuvieron los reyes especial complacencia en oír de boca de Colón la interesante relación de su arriesgado viaje y la descripción de las tierras que había descubierto. Con aire satisfecho, mas sin ostentar orgullo, les refería el gran marino los peligros que había corrido en su navegación, no por lo que hubiera tenido que luchar con los elementos, sino por los riesgos en que mas de una vez le habían puesto la desconfianza, los recelos y la impaciencia de sus mismos compañeros de expedición. En efecto, cuando aquellos hombres, después de haber perdido de vista las Canarias, vieron que trascurrió mas de un mes, y que habiendo franqueado con rapidez distancias inmensas, no veían delante de sí sino un mar sin límites, comenzaron á desconfiar y á impacientarse, y cada día que pasaba, crecían los recelos y las murmuraciones hasta prorumpir en denuestos contra el orgulloso ó el insensato de quien se habían fiado, y que así los conducía á una muerte cierta, sin que sus familias á tan incalculable distancia pudieran saber si quiera el sitio en que habían perecido. No ignoraba Colón los rumores desfavorables de los marineros, y trabajaba cuanto podía por tranquilizarlos infundiéndoles nuevas esperanzas ⁽¹⁾. Mas estas desaparecían

(1) Sabido es que entre otros ingeniosos medios que empleó Colón para atenuar la impaciencia y la desconfianza de sus compañeros de viaje, fué uno el de sustraer todos los días de su cálculo de leguas marinas una parte de las

que iba avanzando; y mientras él secretamente anotaba la verdadera distancia que recorría, en el itinerario que enseñaba á los pilotos y marineros aparecían, por ejemplo, quinientas leguas andadas en vez de setecientas.

pronto, y ya los murmullos se convertían en amenazas, no faltando entre aquellos hombres turbulentos quien en su desesperación concibiera y aun propusiera el proyecto de arrojar al agua al extranjero que así los había comprometido, y así había engañado á sus reyes, y en seguida tomar rumbo para España. Colón lo sabía todo, pero imperturbable y sereno, con fé en el corazón, con la vista fija en los astros ó en la brújula, y fingiendo ignorar lo que contra él se tramaba, todavía logró persuadirles á que por unos días no desconfiaran de él, y con esto y con las señales que decía observar de no estar muy distante la tierra, y con la tranquilidad que procuraba mostrar en su rostro, iba entreteniendo y manteniendo la paz entre aquella gente bulliciosa y casi desesperada. Cuando calculaba hallarse á setecientas cincuenta leguas de Canarias, bandadas de aves, de las cuales algunas posaron sobre los mástiles de las carabelas, vinieron á anunciar que no podía estar muy lejos alguna isla ó continente donde ellas tuvieran alimento y reposo. Colón observó su vuelo y le siguió, á costa de variar un poco el rumbo que antes llevaba. Al cabo de algunos días vióse revolotear en derredor de los buques nuevas aves de variados colores, notáronse á la superficie del agua yerbas verdes que parecía acabar de desprenderse de la tierra, pero se echaba la sonda y no se encontraba fondo, y al ponerse el sol no se divisaba sino un horizonte sin límites.

La desesperacion llegó ya á su colmo, veíanse síntomas de atentar á la vida de Colon, y los oficiales de su mismo buque, y los mismos hermanos Pinzones se lo advirtieron, y el temor de alguna violencia les hizo aconsejarle que mandase virar para regresar á España. «Tres dias os pido no mas, dijo entonces el almirante con firmeza, y si al tercer dia no hemos descubierto la costa, os prometo solemnemente que volveremos, renunciando á todas mis esperanzas de gloria y de riquezas.» El tono firme con que pronunció estas palabras tranquilizó algun tanto á los revoltosos y les movió á concederle tan corto plazo. No fué menester que se cumpliese entero. Parecía que el hombre tentaba á Dios, y Dios premió la fé del hombre, en vez de castigarla. Al segundo dia se vió flotar sobre las aguas alguna caña, una rama de árbol con fruta, un nido de pájaros suspendido en ella, y un baston labrado con instrumento cortante. La tristeza iba desapareciendo de los semblantes de los marineros. Soplabá una fuerte brisa que hacía avanzar grandemente las naves. Por la noche, colocado Colon de pie en la cubierta de su buque, queriendo penetrar con su vista la inmensidad del espacio, creyó ver brillar una luz en lontananza; su corazón latía con violencia; toda la tripulacion aguardaba con ansia ver apuntar el nuevo dia; el almirante mandó por precaucion amainar el velámen; aquella noche pareció á todos un siglo. Amaneció al

fin, y al despuntar los primeros rayos de la aurora..... un grito general de alegría resonó á un tiempo en los tres buques; «¡tierra, tierra (1)!» Ofrecióse á los ojos de los navegantes y á corta distancia una costa cubierta de espeso verdor, poblada de árboles aromáticos cuyos perfumes les llevaba la brisa de la mañana. Colon mandó anclar y echar al mar las chalupas, que llenas de gente se acercaron á la costa al son de instrumentos de música y con todo el ruido y aparato de una conquista. Distingúanse ya en ella habitantes, que con gestos y actitudes estrañas mostraban sorpresa y admiracion de ver por primera vez lo que á ellos, segun despues significaron, se les antojaban mónstruos salidos del seno del mar durante la noche. Tambien á los españoles les causaba sorpresa la forma y el color de los rostros de aquellos seres humanos. Al paso que los unos se acercaban, los otros huían como espantados. Saltó pues á tierra Cristóbal Colón vestido con rico manto de púrpura, como almirante del Océano, con la espada en una mano y la bandera de sus reyes en la otra, siendo el primer europeo que puso el pie en ese Nuevo Mundo, cuyo descubrimiento se debía á su ge-

(1) Un marineró (dice Oviedo) de los que iban en la capitana, natural de Lope, dijo, ¡lumbre! ¡tierra! E luego un criado de Colón, llamado Salcedo, replicó diciendo: «Esso ya lo ha dicho el almirante, mi señor:» y en conti-

nente Colón dijo: «Rato ha que yo lo he dicho y he visto aque-lla lumbre que está en tierra.» Gonzalo Fernandez de Oviedo, Historia general y natural de Indias, lib. II. c. 5.

nio y á su perseverancia. Desembarcaron tras él sus compañeros, y prosternáronse en tierra para dar gracias á Dios por el éxito feliz con que acaba de coronar su empresa.

Colon se hincó de rodillas, besó la arena y la regó con sus lágrimas. «Lágrimas de doble sentido y de doble agüero, dice una elocuente pluma estrangera, que humedecian por la vez primera la arcilla de aquel hemisferio visitado por hombres de la antigua Europa: ¡lágrimas de alegría para Colon, que brotaban de un corazón altivo, reconocido y piadoso! ¡lágrimas de luto para aquella tierra virgen que parecia presagiarle las calamidades, las devastaciones, el fuego, el hierro, la sangre y la muerte que aquellos estrangeros le llevaban con su orgullo, sus ciencias y dominacion! El hombre era el que derramaba esas lágrimas; la tierra era la que debía llorar.» Pero lágrimas de consuelo, añadiríamos nosotros, para aquella tierra virgen, á la cual llevaban tambien aquellos estrangeros una civilizacion, una religion, una fé: vertíalas un hombre, y la tierra y el cielo se regocijaban.

Los pilotos y marineros que la vispera habian ultrajado, atentado á la existencia del hombre que alli los conducia, se avergonzaron de sus criminales tentaciones, se prosternaron con respeto ante aquel ser que miraban ya como sobrehumano, le pedian perdón y le besaban las manos y los vestidos. El Gran

Almirante tomó solemne posesion del país á nombre de la corona de Castilla. Sus esperanzas se habian cumplido; sus sueños habian tocado la realidad. Trabajos, miserias, desdenes, sinsabores, sustos, peligros, amenazas y amarguras, todo se olvidó en aquel momento de suprema felicidad. Era el 12 de octubre de 1492.

Concluida aquella ceremonia, los naturales, que habian estado observándola á cierta distancia, se fueron aproximando poco á poco y cobrando confianza hasta el punto de tocar los vestidos y las armas de sus nuevos huéspedes, con tal sencillez que alguno se hirió al tomar incáutamente una espada por el filo. Entonces tuvieron ocasion de contemplarse y admirarse unos á otros. La desnudez de aquellos naturales, su tez cobriza, su rostro sin vello ni barba, sus armas que consistian en una caña á cuya punta ponian un pedazo de madera ó de hueso afilado, formaban singular contraste con el color blanco, la barba poblada, los vistosos trages y las relucientes armas de acero de los españoles. Dulces, afables, ignorantes y tímidos aquellos isleños, entusiasmábanse á la vista de los mas fútiles objetos, como sartas ó cuentas de rosario, botones, cascabeles, pedazos de vidrio ó de cristal y otras baratijas, mostraban tal deseo de adquirirlos, que por ellos daban gustosos las producciones del país, el oro, todo lo mas precioso que ellos creian tener, y se hacian cambios con gran beneplá-

cito de todos. «Así, dice un escritor, en la primera entrevista de los habitantes del Nuevo Mundo con los del Antiguo todo pasó á gusto de los unos y de los otros. Probablemente los hijos de la vieja Europa, ambiciosos é ilustrados, calculaban ya las ventajas que reportarian de estas regiones nuevas; pero los pobres indígenas no podían prever, en su sencilla ignorancia, la pérdida de la independencia que amenazaba á su patria.»

Llamaban los naturales á esta isla *Guanahani*, pero Colon le puso el nombre de *San Salvador*, «á conmemoracion de su Alta Magestad, dice él mismo, el qual maravillosamente todo esto ha dado (1).» Guanahani era una de las muchas islas que formaban el archipiélago de las Lucayas, de las cuales reconoció algunas otras, y les puso los nombres de *Santa Marta de la Concepcion*, *Fernandina é Isabela*. Parecíanse en todas ellas los habitantes y las producciones, mas como no hallase allí las riquezas ni los pueblos florecientes que él se había imaginado, preguntábase por señas á los isleños de donde sacaban el oro que ellos tenían, y ellos le significaban que de otras regiones mas distantes, señalándole al Sur. Dirigió pues sus naves al Mediodía, siempre en busca de las opulentas comarcas que eran el objeto de su viage, y al cabo de algunos dias arribó á una vasta región sembrada de colinas y mon-

(1) Carta de Cristóbal Colon á Simancas, Interior de Estado, número de Santángel. Archivo de mero 1.

tañas, con tan lozana vegetacion que creyó ser Cathay, ó Cipango, ó alguna de las que había visto descritas en las maravillosas relaciones de Mandeville y de Marco Polo, siempre considerándolas como una continuacion del continente de Asia. Aunque mas fértil que las Lucayas ó de Bahama, y rica y variada en producciones, tampoco encontró allí la abundancia de oro que se prometia; supo que los habitantes la nombraban *Cuba*, y aunque él la denominó *Juana* por honor al príncipe don Juan, primogénito de los reyes, aquella grande isla ha conservado su primer nombre. Detúvose muy poco en Cuba, pues habiéndole indicado los indios al Este como la parte de donde sacaban el oro, dióse otra vez á la vela sin tardanza, y continuó navegando hasta descubrir la isla *Haiti*, que él nombró la *Española*, y lleva también el nombre de Santo Domingo. «La *Española* es maravilla, decia él en su relacion: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar, aqui no haria creencia sin vista, y de los rios muchos y grandes, y buenas aguas, los mas de los cuales traen oro.»

Aquellos habitantes huían despavoridos á los bosques; mas habiendo alcanzado los españoles una jóven y tratádola con amabilidad, dándole cuentas de vidrio, anillos de cobre, alfileres y algunas otras baga-

telas, enviándola en seguida á reunirse con sus parientes, la jóven les contó lo que le habia pasado con los hombres blancos, y todos acudian ya á cambiar su oro, sus frutas, sus pescados, sus hermosas aves y todo cuanto poseian, por cuentas de vidrio, y hasta por pedazos de platos y de escudillas, que les parecian preciosas joyas, no cansándose de admirar los vestidos y armas de aquellos hombres, á quienes en su rústica sencillez miraban como bajados del cielo é incapaces de hacerles daño alguno. «Venid, se decian unos á otros en su lengua, venid á ver la gente del cielo.» El cacique Guacanagari que mandaba en aquella costa, y era uno de los mas poderosos del pais, habia de indicar á Colon el parage de la isla en que se encontraba el oro en abundancia, que era un pais montuoso que ellos llamaban *Ciba*, y el almirante entendió ser su apetecida y codiciada *Cipango*. Mas desgraciadamente cuando iba á dirigirse á aquel sitio ocurrió un desastre lamentable. Por negligencia ó ignorancia de un grumete que provisionalmente gobernaba el timon de la capitana, mientras Colon descansaba un rato en su camarote, se estrelló el buque contra un escollo, abriéndose por cerca de la quilla, y empezó á hacer agua de tal manera que hubiera perecido toda la gente, incluso el almirante, sin el oportuno auxilio de los de *la Niña*, y de los indígenas mismos que botaron al agua porcion de canoas, merced al cual se logró salvar la tripulacion y los objetos

de algun valor de la *Santa María*. Colon se mostró muy agradecido á Guacanagari, el cual lloraba de placer por haber contribuido á salvar al cacique de los blancos.

Quedaba pues reducido el gran mareante á una sola carabela, porque Alonso Pinzon que mandaba *la Pinta* se habia alejado de allí con su nave, por desavenencias ocurridas entre los dos, tal vez porque el marino andaluz, á quien, como á sus hermanos, se debia en gran parte el mérito y resultado de la espedicion, sentia que un extranjero se atribuyera toda la gloria, ó, segun otros, se indispusieron por haber desaprobado Pinzon una de las disposiciones del almirante, si bien despues se reconciliaron por intercesion de los otros dos hermanos Pinzones Francisco Martin y Vicente Yañez en el puerto que de este suceso se llamó *de Gracia* (1). La disposicion de Colon fué dar la vuelta desde allí á España, asi por creerse con poca gente para conquistar paises tan vastos como los que se descubrian y proveerse de mas hombres y navíos, como por llevar pronto á sus soberanos la noticia del feliz resultado de su viage, dejando en aquella isla una parte de sus marineros, ya porque no podian venir todos en *la Niña*, ya tambien porque fuesen aprendiendo la lengua de los indios y familiarizándose con ellos,

(1) Lo primero se infiere del itinerario de Cristóbal Colon, en su Hist. general y natural de Indias, lib. II., c. 6. No hay mas conformidad en este punto entre Navarrete, Viages, tomo I.: Gonzalo de Oviedo afirma lo segundo otros autores contemporáneos.

lo cual podría ser muy útil para el segundo viage que pensaba hacer pronto. Contando pues con la buena voluntad del cacique Guacanagari, que le prestó para ello muy gustoso sus súbditos, hizo construir una pequeña fortaleza de tierra y madera, en la cual empleó el tablage y puso los cañones del buque encallado; mandó disparar algunos tiros de cañon para imponer á los *Caribes* que decían habitaban una parte de la isla; recibió suntuosos regalos del obsequioso cacique, oro en coronas, en pepitas, en planchas y en polvo, papagayos y otras vistosas aves, yerbas aromáticas y medicinales, y otros objetos; tomó varios indios que quisieron venirse con él; encargó mucho á los treinta y nueve hombres que allí dejaba que no incomodasen á los indígenas, antes procurasen hacerse amar de ellos, y despidiéndose de sus compañeros y del amable gefe de aquellos salvages, dióse á la vela prometiéndole volver á verlos muy pronto y viéndole todos partir con mucha pena, y mas los pocos españoles que allí quedaban tan lejos de su patria y aislados de todo el antiguo mundo (4 de enero, 1493).

A los dos dias de haber perdido de vista las montañas de Haiti, se encontró el almirante con la carabela *Pinta* y con Alonso Pinzón que la comandaba. Explicó Martin Alonso la causa de su separacion, asegurando haber sido contra su voluntad, y disimulando Colon su resentimiento, navegaron juntas las dos navas por mas de un mes con direccion á España, hasta

que se levantó una de aquellas borrascas terribles que suelen poner á prueba en los mares el valor, la serenidad y la destreza de los mas esforzados marinos y de los mas hábiles y prácticos pilotos. Fué esta tan espantosa y brava, que todos creyeron ser tragados por las olas y que con ellos iba á quedar sepultada la noticia que traian á Europa de la existencia de un nuevo mundo, que era una de sus mayores aficciones, y ya no tenian mas esperanza que en la misericordia de Dios⁽⁴⁾.

(4) Aqui es donde dice el Itinerario de Colon, que temiendo ya que naufragasen y pereciesen todos tomó el almirante un pergamino, anotó en él brevemente lo que habia pasado, rogando al que lo hallase que lo llevara y entregara á los reyes de Castilla; y que envuelto y liado en un hule le metió en un barril de madera, y sin decir á nadie lo que contenia le echó al mar. Primer Viage de Colon, en Navarrete, tom. I. p. 152.

En este mismo año de 1852 hemos leído en un Diario de Gibraltar, *La Marine*, la especie siguiente:

«El capitán d'Auberbille del buque *Chieftam*, de Boston, escribe á un periódico americano (al cual dejamos la responsabilidad de esta narracion), que hallándose en Gibraltar el 27 de agosto último para la reparacion de su brik, pasó el estrecho y se dirigió á Africa, con el objeto de cazar y hacer investigaciones de curiosidades geológicas. A su regreso el viento que hacia exigió que aumentaran el lastre del buque, y uno de los marineros al levantar lo que juzgaba ser un fragmento de joca, quedó sorprendido al notar lo ligero que era. Al pronto creyeron

que seria una piedra pomez; mas luego vieron que era una caja de cedro; procedieron á abrirla, y hallaron una nuez de coco cubierta de resina, y dentro de ella un pergamino escrito en caracteres góticos casi ininteligibles, y que ninguno de la tripulacion pudo descifrar. Recurrieron á un librero americano de Gibraltar, que tenia reputacion de inteligente, y éste ofreció desde luego trescientos duros por el pergamino, á lo que se negó el capitán. Entonces el americano le leyó la carta, y la tradujo al español. Hallábase dirigida á Fernando é Isabel con fecha 1493, y decia: «Ya es imposible resistir un dia mas á la borrasca. Nos hallamos entre España y las islas de Oriente. Si la carabela zozobra, plegue á Dios que alguien pueda hallar este documento.» Está firmado con pulso firme y letra corrida. «Cristóbal Colon.» Esta preciosa reliquia debe haber estado flotando 358 años sobre el Océano.»

Ademas de los motivos de desconfianza que para dar crédito á esta anécdota nos ofrecen los caracteres góticos y otras de sus particularidades, tenemos lo de la firma *Cristóbal Colon* con pulso firme y

Por fortuna, despues de muchos peligros, calmó la tempestad, pero las dos carabelas se habian apartado y cada cual siguió separadamente su rumbo á España. La del almirante arribó á las aguas de Lisboa, la de Pinzon á Bayona de Galicia. Cristóbal Colon dió noticia de su arribo al rey don Juan II. de Portugal; este monarca, aunque en vista del resultado de la expedicion se acusaba á sí mismo de no haber aceptado las proposiciones y prohibido la empresa del marino genovés, disimuló su pesar y su envidia y tuvo con Colon las mas finas atenciones haciendo justicia á sus extraordinarias prendas. Despues de descansar alli unos dias continuó su viage el almirante, y entró con felicidad en la bahía de Palos de donde habia salido, segun dejamos ya apuntado. A las pocas horas llegó tambien Alonso Pinzon con su carabela. Pero este famoso mareante, que venia ya bastante delicado de salud, temeroso ademas de que Colon intentára algun procedimiento contra él por las pasadas desavenencias,

letra corrida.» La firma del ilustre marino, antes de ser almirante, era X P O. FERENS, hecha de mediana letra, y precedida de cier-

tas cifras é iniciales. Irving, Vida y viages de Colon, Apéndice número 85.—Despues de nombrado Almirante se firmaba siempre.

S.
S. A. S.
X. M. Y.
EL ALMIRANTE.

Y en la institucion de su mayorazgo dijo: «Don Diego, mi hijo, ó cualquier otro que heredase este Mayorazgo..... firme de mi firma..... que es una X con una S encima, y una M con una A romana encima, y encima della una

S y despues una Y griega con una S encima..... como yo agora fago, y se parecerá por mis firmas, de las cuales se hallarán muchas, y por esta parescerá.» Navarrete, tom. II. Coleccion diplomática, pág. 229.

se encerró en su casa, donde murió á los pocos dias, con lo que perdió la marina española uno de sus mas diestros y arrojados pilotos (1).

Lágrimas de placer y de ternura derramaban Fernando é Isabel al escuchar en su palacio de Barcelona la relacion que de palabra les hizo el ilustre viagero de estas y otras circunstancias de su expedicion. El júbilo embargaba á la reina Isabel cuando le oyó decir que los sencillos habitantes de aquellas islas le parecian muy dispuestos á recibir la luz del Evangelio, y que alli se abria un ancho campo para difundir la salvadora doctrina del cristianismo. Acabada la relacion, durante la cual habia tenido Colon la honra desusada de estar sentado delante de los reyes de Castilla, prosternáronse estos y todos los presentes para dar gracias á Dios por el éxito venturoso de tan grande empresa. Mientras permaneció Colon en Barcelona recibió las mas señaladas y honrosas distinciones de la córte y de los reyes. Fernando hacia gala, cuando salia en público, de llevar á su lado al gran

(1) El que desée noticias mas estensas y circunstanciadas de este primer viage de Colon, asi como de la naturaleza y calidad de las islas por él descubiertas y costumbres de sus habitantes, puede verlas en su Diario de Viage, y en sus cartas, insertas en el primer tomo de la Coleccion de Viages de don Martin Fernandez Navarrete, en la Historia del Almirante por Fernando Colon, en Pedro Martir, De Rebus Occidentis, en Herrera, Indias Occidenta-

les, tom. I., en la Historia del Nuevo Mundo por Muñoz, en la General y Natural de Indias por Gonzalo de Oviedo, en la del P. Fr. Bartolomé de las Casas, y otros autores que hemos citado. —Ni Mariana, ni Zurita, ni otros cronistas é historiadores dan sino ligerisimas noticias de la célebre y famosa expedicion, y el mismo Prescott las ha escaseado en su Historia de los Reyes Católicos, por reservarlas sin duda para las historias particulares de América.

almirante. Confiriéronle los monarcas el almirantazgo hereditario y perpétuo; ratificáronle las prerogativas concedidas el año anterior; ennoblecieron su linage, dándole el privilegio de usar el título de *Don*, que, como dice un escritor moderno, no habia degenerado aun en palabra de mera cortesía⁽¹⁾; y por último le hicieron el grande honor de autorizarle para poner en su escudo las armas reales de Castilla y de Leon, mezcladas y repartidas con otras que asimismo le concedieron de nuevo, con un lema ó divisa que decia: **POR CASTILLA Y POR LEON NUEVO MUNDO HALLÓ COLON**⁽²⁾.

Efecto grande de sorpresa y de admiracion causó en toda Europa la noticia del descubrimiento de vastas regiones mas allá del Atlántico; todo el mundo

(1) En el tomo II., pág. 464, de nuestra Historia, dijimos cual habia sido el origen, y cual el uso que en los primeros tiempos se habia hecho del *Don*.

Réstanos ahora dar noticia del empleo que tuvo en Castilla esta palabra en la edad media. Para lo cual, no necesitamos sino copiar lo que dice el maestro Gil Gonzalez Dávila en el capítulo último de su Historia del rey don Enrique III.

«Muchos de los que han visto esta Historia han reparado, que unos se nombran en ella con el título de *Don*, y otros sin él, siendo grandes caballeros, cabezas y príncipes de sus casas, y me pidieron diese razon de tan grande diferencia. Es de saber que este título de *Don*, que en nuestro tiempo anda muy fuera de su verdadero uso, solamente se daba á los reyes, infantes, prelados,

maestros de órdenes militares, y á los grandes señores, que entonces se llamaban ricos-hombres, y confirmaban los privilegios rodados, y fuera de estos se daba en premio de señaladas hazañas, que se hacian en servicio de Dios y de los reyes, ganando reinos, descubriendo nuevos mundos, y poniendo en cadenas reyes bárbaros. El Rey Católico premió con el título de *Don* al conde de Cabra, alcaide de los Donceles, por haber puesto en prision al Rey Chico de Granada. A Colon se le dieron por haber descubierto el Nuevo Mundo de las Indias Occidentales..... etc.»

(2) Oviedo, Historia de Indias, tom. I. pág. 31, de la edicion de la Academia de la Historia. La lámina 1.^a de las que trae al final del volúmen representa el escudo de armas de Colon.

envidiaba la gloria del atrevido y sabio cosmógrafo y la fortuna de los reyes de España, al propio tiempo que todos se felicitaban de haber nacido en un siglo en que se habia obrado tal maravilla. Continuaba no obstante Colon en creer que las tierras descubiertas eran como una dependencia del vasto continente de Asia, y los mas de los sabios contemporáneos, asi españoles como extranjeros, adoptaron esta errada hipótesis. Asi es que se les dió el nombre que conservan de *Indias Occidentales*, para distinguir las de las *Orientales*, y á los naturales del Nuevo Mundo se los llamó Indios, nombre que aun llevan.

Desde luego se procedió á preparar otra segunda expedicion para proseguir los descubrimientos, y con mas grandeza y con mas medios que la primera. Creóse un consejo de Indias, cuya direccion se dió al arcediano de Sevilla don Juan de Fonseca. Establecióse en Sevilla una lonja, y en Cádiz una aduana dependiente de ella; principio de la casa de la Contratacion de Indias. Se prohibió, con arreglo al sistema mercantil restrictivo de aquel tiempo, ir á Indias, ni menos comerciar allí sin licencia de las autoridades puestas por el gobierno; se hizo provision de caballos, cerdos, gallinas y otros animales domésticos, de plantas, granos y semillas para trasportarlas y ver de aclimatarlas en las nuevas regiones; de mercancías, espejos, cascabeles, y otros diges y juguetes para traficar con los naturales; se declaró libres de derechos los artículos ne-